

Un saber histórico para el futuro

Lothar KNAUTH

Knowledge is proportionate to being...
You know in virtue of what you are.

Aldous Huxley, *Time Must Have a Stop*

Hace casi ochenta años, en 1929, Johan Huizinga (1872-1945), que había editado una década antes su clásico *El otoño de la Edad Media*,¹ ponderó el hecho de que:

Para nosotros, tanto la antigüedad clásica —descifrada y vuelta a descifrar una y otra vez— como el Oriente antiguo y moderno, es decir las culturas primitivas del mundo entero, se han convertido, gracias al conocimiento que de ellas tenemos y a la comprensión de su sentido con que las acogemos, en parte integrante de nuestra propia formación cultural en un sentido mucho mas profundo y esencial de lo que nosotros mismos sabemos la mayor parte de las veces.

El pasado de nuestra cultura es hoy, por vez primera, el del mundo; nuestra historia es por vez primera una historia universal.²

Con otros historiadores europeos de su época, Huizinga fue miembro de una vanguardia europea que interpretó los procesos históricos; grupo en el cual, Leopold von Ranke (1795-1886), en la primera mitad del siglo XIX, fue uno de los pioneros en establecer pautas definitivas para la historia como disciplina académica (*Geschichtswissenschaft*). Luego, Wilhelm Dilthey (1833-1911), al enfatizar una heurística, había mantenido que todo aprendizaje debe ser considerado a la luz de la historia misma y, si faltaba esta perspectiva, los actos de conocer y entender, quedarían como ejercicios truncados. Para contrarrestar una posible hegemonía de interpretación positivista, a raíz de una “física de la sociedad” de los tempranos sociólogos encabezados por Auguste Comte (1798-1857), neokantianos como Wilhelm Windelband (1848-1915) y

¹ Johan Huizinga, *Herbst des Mittelalters. Studien über Lebens- und Geistesformen des 14. und 15. Jahrhunderts in Frankreich und in den Niederlanden*. München, Tilli Jolles-Mönckeberg. [*El otoño de la Edad Media*. Madrid, Alianza, 2001, 429 pp.]

² J. Huizinga, “En torno a la definición del concepto de historia”, en *El concepto de la historia y otros ensayos*. Trad. de Wenceslao Roces. México, FCE, 1946, 452 pp.

Heinrich Rickert (1863-1936), reconsideraron el problema de la historia al postular una división tajante entre ciencias naturales y ciencias del espíritu.

El joven Arthur Schopenhauer (1788-1860), a los treinta años, concibió el mundo como una manifestación de la voluntad y de la representación.³ Friedrich Nietzsche (1844-1900), quien valoró a Schopenhauer como preceptor, abrió nuevas perspectivas al postular una división tripartida de la historia en monumental, anticuarial y crítica. Como un ejercicio de la última —y dentro de la tradición schopenhaueriana—, en 1918, había aparecido el *Ocaso del Occidente*⁴ de Oswald Spengler (1880-1936).

El año de 1918 marcó el fin de la Primera Guerra Mundial y la desaparición de cuatro monarquías e imperios tradicionales, y presencié el surgimiento de la ideología como elemento definitorio de las frentes culturales asumido en forma masiva. Una búsqueda por “el motor de la historia” en la acción de las masas o en las motivaciones de los individuos —sesenta años antes— había conducido a Karl Marx (1818-1883), a través de la publicación del *Manifiesto comunista*, al potencial de productividad y violencia en el nuevo sistema industrial. Si Marx y Friedrich Engels (1820-1895) habían postulado la lucha de clases como una de las causas del cambio social y político en los procesos históricos, V. I. Lenin (1870-1924) se preocupó en su utilización por la organización partidista y en las confrontaciones endémicas al imperialismo.

Sobre los cadáveres de las monarquías nacieron movimientos populares que esgrimieron las banderas de la identidad popular de clase, o de nación y raza para postular una posible *regeneratio imperii*. En este contexto, José Ortega y Gasset (1883-1955) escribió *Rebelión de las masas* en 1930, al cual siguió ocho años después el *Homo ludens* de Johan Huizinga; advirtieron las realidades y las posibles patologías inherentes en tales excesos, hechos posibles, las capacidades de movilización del sistema industrial y del Estado-nación.

El hecho que la crítica marxista no se limitaba a discursos políticos y todavía menos servía necesariamente como camisa de fuerza dogmática, se demostró cuando en 1929, Marc Bloch (1886-1944) y Lucien Febvre (1878-1956), empezaron la publicación de los *Annales d'histoire économique et sociale*.⁵ Fue el principio de la transformación de la historia universal académica en ejercicio declaradamente polémico y multidisciplinario.

³ *Die Welt als Wille und Vorstellung*. En alemán la palabra *Vorstellung* —originalmente algo que se presenta o que uno hace presentarse— tiene la acepción de “imaginación”, pero también de “concepto” e “idea”, véase: <http://www.ideasapiens.com/textos/Filosofia%20dc/elmundocomovolyrepresent.%20schopenhauer.htm>.

⁴ Oswald Spengler, *Der Untergang des Abendlandes. Umriss einer Morphologie der Weltgeschichte*. Viena, Verlag Braumüller, 1918; demostró la dificultad de rendir el significado multifacético de *Untergang*, una metáfora en alemán que significa tanto naufragio como ocaso, pero no necesariamente la acepción “decadencia”.

⁵ *Annales d'histoire économique et sociale*, llamado después de 1945, *Annales. Economies, sociétés, civilisations*, y después de 1994, *Annales. Histoire, Sciences Sociales*. Véase http://es.wikipedia.org/wiki/Escuela_de_los_Annales.

El problema de una “historia universal”

Como Huizinga, los historiadores de nuestro tiempo que toman “la antigüedad clásica... como el Oriente antiguo y moderno” como “culturas primitivas del mundo entero”, pecan muchas veces de optimistas al pensar que el pasado de nuestra cultura se había convertida en la “del mundo”. De hecho, cada cultura es parte de las faenas del hombre y como tal, “patrimonio de la humanidad”; aunque sólo recientemente, fue concebido así y provisto con el necesario respaldo institucional y publicitario. Por costumbre, los procesos históricos del Mediterráneo y tierras aledañas, se volvieron “una historia universal” y el problema arranca del concepto de ella: de una parte puede significar “cosmopolitano, mundial y generalizado”, pero también, puede referirse sólo a patrones de actores que tengan “su propio universo”, el de una clase y aún de una *oikumene*. Además, por haber recorrido nuestras propias trayectorias históricas, existe siempre la tentación de decir ¿por qué no insistir en nuestra identidad, como prioritaria cuando la historia del mundo nos presenta con demasiadas autosinercias, ni hablar de las dificultades en manejar bibliografías en idiomas y letras desconocidas?

Pero ya que la problemática de nuestra existencia futura abarcará cada vez más sectores de la humanidad, cualquier problema de análisis histórico requiere la capacidad de poder indagar, al menos potencialmente, cualquier proceso que ha involucrado al hombre. Lo que significa que tenemos que tomar muy en serio las lecciones derivadas del estudio de los procesos de la historia mundial. No obstante, las diferentes micro y macroperspectivas —y los enfoques hacia diferentes intervalos de periodización— establecerán, desde luego, requisitos específicos de especialización.

Los *procesos históricos europeos* son significativos por haberse dado, en sus contextos, una síntesis entre herencia mediterránea e innovación norteña que, en el siglo XIX, nos llevó al moderno concepto de *Estado-nación*, que todavía nos provee con uno de los componentes principales de los sistemas políticos y económicos del orden internacional. Con anterioridad, nuevos espacios para la liberación de la capacidad de innovación y creatividad humana, se habían presentado también en la Ilustración europea. Allí se encontraron los sitios donde se dieron los primeros pasos de la Revolución industrial, cuyo nuevo modo de producción está ahora extendiéndose hasta los últimos rincones del globo.

Sin embargo, *privilegiar sólo los procesos europeos* para elaborar conclusiones generales, resulta en última instancia, *un impedimento para entender la historia en sí y no sólo la extraeuropea*, sino aun la mexicana, ya que imposibilita la formación de novedosos juicios acerca de ellas. Al limitar las perspectivas, al excluirlos de nuestro análisis, los procesos sociales, culturales y políticos del Otro, se *exotizan* con facilidad, como algo que mejor se desconozca e ignore. Como resultado, muchas veces se convierten en menciones fragmentarias, partes esenciales de nuestras tareas historiográficas que merecen un profundo análisis, y el Otro se transforma en estereotipo y aun en “imagen de enemigo”. Surgen hipergeneralizaciones con las cuales acostumbran a

bombardearnos en la actualidad, diariamente los subinformados medios de información —o más bien de difusión— masiva, tanto impresos como electrónicos.

Pero queda el problema de la presencia de cada día más actores históricos —ya sean individuos o sus conglomerados— que dejan detrás su papel de comparsas y se conviertan en actores principales, y aun estrellas, del gran teatro —otra metáfora— de la historia en sus micro y macroperspectivas.

El flujo histórico carece de límites y está acompañado por una combinación de factores variables con un mínimo de predicción, y en el cual, aún el ritmo y la existencia del cambio, no son ciertos.

Frente a este estado de las cosas, hay necesidad de medios de orientación, del ejercicio de la capacidad analítica y la voluntad de poner en juego nuestra imaginación. El saber histórico —como cualquier otro conocimiento adquirido— no puede prescindir del impulso creador; desarrollar la habilidad de pensar históricamente, involucra la disposición para asumir un compromiso existencial con esta tarea.

Como en todas las ciencias sociales, en la historia, no procede una separación tajante entre observador y objeto observado. El profesional o estudiante de la historia es al mismo tiempo observador y objeto de observación; analista y objeto de análisis; productor y producto de procesos tan dialécticos como polifacéticos, ya que cada persona es el producto de su sociedad; y cada sociedad, y aun cada fenómeno, es el producto de sus procesos históricos. Y no es porque, por lo común, no pensemos históricamente. Lo hacemos cada vez que buscamos razones para existir nosotros mismos, nuestra comunidad, nuestro país, América Latina o el mundo en la actualidad.

El hecho es que, por lo común, no sabemos ser sistemáticos en examinar los procesos que nos han llevado al estado actual. Lo memorable para un estudiante sin entrenamiento en la historia como disciplina académica, son los episodios repletos de chismes, las fechas que se han vuelto lugares comunes —o meros rompecabezas— y los símbolos patrióticos trillados: son datos que nos hacen sentir a gusto al memorizarlos, pero no nos hacen razonar y mucho menos, promueven la adquisición de un caudal de conocimiento que nos lleva a nuevas fronteras del saber histórico. La tarea del historiador por vocación es manejar la técnica de reconstruir los parámetros de una situación compleja o de un proceso singular, usando todos los datos acerca de las manifestaciones del pasado disponibles. Sin estos “datos” —ya sean documentos o monumentos— no hay historia. Sin embargo, ya que se necesita además un esfuerzo de pensar e imaginar para ordenar todas esas manifestaciones, podemos reiterar que la historia en cuanto ejercicio académico, tampoco puede existir sin pensamiento y sin esfuerzo creador.

Así que la finalidad primordial del proceso de enseñanza-aprendizaje de la historia mundial es que el estudiante desarrolle la habilidad de pensar históricamente, lo que equivale a saber claramente y a entender procesos complejos. Logrado esto, la elevación de la conciencia —que hace posible tal proceso de enseñanza-aprendizaje— es mera consecuencia.

¿Qué podemos saber del pasado? En cuanto a datos dispersos, bastante y al mismo tiempo muy poco en lo que se refiere a lo que podemos recuperar de la totalidad de

situaciones y procesos. Ahí caben las advertencias de Nietzsche del año de 1873 que postuló que:

[...] el conocimiento histórico cada vez de nuevo se vierte desde manantiales inagotables. En su curso lo extraño y lo desconectado se aprietan, la memoria abre todas su puertas y sin embargo no esta suficientemente abierta, la naturaleza se esfuerza al extremo de recibir estos huéspedes extranjeros, de ordenar y honrarlos, pero ellos luchan entre sí, y parece ser necesario someterlos a todos, para no sucumbir por si mismo en esta lucha. Por consecuencia el hombre moderno carga consigo un sinnúmero de piedras de conocimiento indigestibles que luego se restringen en el intestino como (el del lobo) en el cuento de hadas.⁶ Por este restringo se descubre la característica más propia de este hombre moderno: la curiosa contradicción entre un interior que no corresponde a nada exterior y un exterior al que nada interno corresponde.⁷

Aunque Nietzsche insistió de que se trataba de “un antagonismo que los pueblos antiguos no conocieron”, tal concepto de “pueblos antiguos”, resulta también en una hipergeneralización, ya que no está claro si —para dar un ejemplo— él consideraría miembro de un “pueblo antiguo” al estoico romano Lucius Annaeus Séneca (4 a. C.-65 d. C.)⁸ cuyos actores lamentaron que *ahora* nada en el mundo estaba donde se encontró al principio, y que predecían un porvenir “cuando el ancho mundo será descubierto, nuevos mundos develados”.⁹

El *ahora* de Séneca era *su* época: la de la Roma del principio de nuestra era común, pero la lección valía también para el futuro. Nietzsche había recalcado: “La sentencia del pasado es siempre un enunciado oracular”: comprensible sólo para aquellos “arquitectos del futuro” que en la actualidad, “actuaban como conocedores”. Podemos sobrentender que él se contaba entre ellos.¹⁰ Y, como historiadores en cuanto “arquitectos del futuro”, ¿no deberíamos actuar como conocedores de la actualidad?

El pasado es siempre también del Otro, aquella experiencia ajena que no podemos reproducir, pero a la cual, nos podemos acercar por empatía, acto seguido a un análisis

⁶ El autor está aludiendo al cuento de *Caperucita Roja*. Charles Perrault (1628-1703), *Historia o cuentos del pasado*, también conocidos como *Cuentos de Mamá Oca* (1697); Jacob Ludwig Karl Grimm (1785-1863) y Wilhelm Karl Grimm (1786-1859). *Cuentos para la infancia y el hogar* (1812-13) y *Cuentos de hadas* (1837) en http://es.wikipedia.org/wiki/Caperucita_Roja#Bibliograf.C3.ADA.

⁷ Véase <http://www.fernuni-hagen.de/EUROLIT/US/praes/m0510/kre5nietzschenschutz.html>.

⁸ Éste, en su tragedia *Medea*, proyectó el sentir de su época a la edad de los dioses e hizo a su coro al estilo de la tragedia, quejarse que cualquier diminuta embarcación ambulaba sobre las profundidades del mar, que aun el hombre de la India bebía las aguas de ríos de Armenia y el persa, las de los ríos Elba y Rhin.

⁹ <http://www.theoi.com/Text/SenecaMedea.html>.

¹⁰ “Der Spruch der Vergangenheit ist immer ein Orakelspruch: nur als Baumeister der Zukunft, als Wissende der Gegenwart werdet ihr ihn verstehen” (Friedrich Nietzsche, “Vom Nutzen und Nachtheil der Geschichte fuer das Leben”, en *Unzeitgemaesse Betrachtungen*, Frankfurt, Insel, 2001, 384 pp.; <http://www.fernuni-hagen.de/EUROLIT/US/praes/m0510/kre5nietzschenschutz.html>).

que nos capacita a establecer comparaciones con otras situaciones de lo ya experimentado, para concluir que el cambio es lo esencial en cualquier proceso histórico.

¿Qué hacer?

Empecemos con unas especificaciones al hablar de una educación histórica para las próximas décadas. Se trata, en primer lugar, de una formación profesional que puede convertirnos en agentes para la difusión de una cultura intelectual que considera el análisis de procesos históricos como un elemento de formación personal imprescindible, y no como un mero requisito burocrático para obtener un certificado de escolaridad o estudios. Significa, una formación que potencialmente capacita a cualquier educando para empezar a enfrentar, lo que casi seguramente serán épocas de impresionantes cambios e innovaciones, llenas de retos no siempre previsibles.

Además, este entrenamiento en la capacidad de analizar procesos pasados, en vista de posibles estrategias para encarar variados futuros escenarios, exige otro presupuesto: hoy en día una educación histórica debe insistir en la importancia de la investigación para crear nuevos conocimientos; si no es así, carece de legitimación.

Una educación histórica para el siglo XXI debe preocuparse de la articulación entre los diferentes niveles en la adquisición de un conocimiento histórico. No se pueden enseñar mitos en los niveles bajos, con la esperanza de que la propensión de aceptarlos pueda ser remediada por la elucidación y los nuevos “hechos” en etapas posteriores o superiores.

En la historia y en las ciencias sociales, lo enseñado al principio nunca debe contradecir los resultados ya logrados en las investigaciones en los más altos niveles. En las ciencias naturales equivaldría a enseñar la validez eterna del concepto geocéntrico en la primaria, el heliocéntrico de Copérnico en la secundaria, el universo mecánico como inimpugnable en la prepa, para llegar a las formulaciones de Einstein y Planck en la universidad.

Quisiéramos insistir en que el docente de la historia debe preocuparse de los contenidos curriculares en cada nivel de instrucción y, de preferencia, debe asegurar una adecuada validez académica al intervenir en la formulación de planes de estudios y la edición de libros de texto, si no como individuo, por lo menos como miembro de un cuerpo colegiado. Sólo así se logrará que los resultados avanzados de la investigación, se plasmen lo más pronto posible en el currículo, aun de las primeras etapas de la enseñanza-aprendizaje.

Además, como la problemática del futuro abarcará a toda la humanidad, cualquier problema de análisis histórico requiere de la capacidad de poder indagar, al menos potencialmente, cualquier proceso que ha involucrado al hombre. Lo que significa que tenemos que tomar muy en serio las lecciones derivadas del estudio de los procesos de la historia mundial. Aunque las diferentes micro y macroperspectivas, y los enfoques hacia procesos de variadas duraciones establecerán, desde luego, requisitos de especialización específicos.

Ya se recalcó el peligro de la exotización de fenómenos sociales, culturales y políticos, insuficientemente analizados, y su subsiguiente reducción a generalidades e imágenes fragmentarias, manipuladas por los medios tanto impresos como electrónicos.

Ahora que los multimedia hicieron su aparición en la Internet de banda ancha, el análisis de imágenes —de audio y video, ideadas y escritas— y su utilización como documentos históricos, se convierten en nuevo campo de investigación y difusión, y formará parte de una nueva capacidad letrada. En el mismo renglón, la disponibilidad de modernos métodos de recuperación de información, que resulta de los esfuerzos de investigaciones propias y ajenas, en la actualidad y en el pasado, debe ser enfatizado desde las primeras etapas de la formación histórica por la instrucción en el trabajo bibliográfico, del cual el manejo de bases de datos de Internet es solo una prolongación.

No obstante, como destacó un profesor emérito de letras: “Ser profundamente ‘letrado’ en el mundo digital, significa la capacidad para descifrar tanto las imágenes y sonidos complejos como las sutilezas sintácticas de las palabras”.¹¹

El historiador del futuro que se limite al testimonio escrito —de preferencia en letras latinas y en la lengua materna— tendrá dificultades para producir trabajos de vanguardia. Lo mismo pasará con aquel que en sus análisis no recurra a los resultados de las investigaciones de otras disciplinas o desdeñe los avances tecnológicos. Sin embargo, tales problemas tienen que ser ponderados dentro de las posibilidades y los límites del mundo académico mexicano, con sus propias trayectorias y marcos institucionales.

La historia nos relata los procesos de cambio que el hombre desencadena y de los cuales puede ser tanto beneficiado como víctima. Procesos que afectan su bienestar material y su estado de ánimo, y que se expresan en las variadas manifestaciones de la creatividad cultural e inciden en el potencial de reformas y transformaciones de su organización social y política. No obstante, cualquier proyecto sólido para iniciar un cambio institucional, debe empezar con el análisis de los procesos históricos que han desembocado en la situación que exige el cambio. La historia que se nos ha transmitido, o que se nos sigue transmitiendo, depende del enfoque de quienes la conforman, no sólo a través de la selección de elementos, sino al enfatizar sus lineamientos de análisis o la selección de sus patrones narrativos.

Nunca se puede tener, ni abarcar si se tuviese, toda la información acerca de un proceso del pasado. Además, el manejo de la información disponible —a veces accesible sólo después de considerables esfuerzos de análisis en la investigación documental— determina que datos se seleccionan. De tal selección resulta un cierto énfasis que entronca con un proceso de interpretación que, a su vez, está informado, si no, determinado por los presupuestos que el historiógrafo, de forma consciente, o subconscientemente, ha asumido.

Lo que significa que la objetividad que se puede lograr, en el análisis histórico, es muy problemática, especialmente por el hecho de que los “objetos” examinados son, en

¹¹ Richard A. Lanham, “Digital Literacy: Multimedia will require equal fertility in word, image and sound”, en *Scientific American*, septiembre de 1995, pp. 160-161.

su mayoría, productos de procesos que todavía inciden en la existencia, o por lo menos, en los sentimientos del observador. Lo óptimo que podemos exigir del historiador es una mayor conciencia acerca del propio proceso de formación, o bien de deformación, que pudiera interferir en su percepción de una “realidad” en forma relativamente imparcial, y con una sensibilidad que implica una empatía con lo desconocido. Lo que significa luchar en cualquier momento contra estereotipos y prejuicios acerca del otro. Al mismo tiempo, denota confiar en la inteligibilidad de los productos de un análisis riguroso: los datos verificables. Eso nos conduce casi forzosamente a otra conclusión: la necesidad de un intento de desideologización de las investigaciones en la historia y las ciencias sociales. La ideologización deformante, muchas veces nos ha llevado a postular relaciones que quisiéramos que existieran, en vez de ver las cosas como son, en toda su crudeza.

Con ello llegamos al problema de las generalizaciones, muchas veces comprimidas en periodizaciones, conceptos y aun “leyes”. De preferencia se dan a partir de los resultados de investigaciones por especialistas que en sus universos de investigación manejan informaciones de primera mano. Partimos del caso de que cualquier generalización simplifica y fuerza la complejidad del hecho, pero estamos también conscientes de que tenemos que recurrir a generalizaciones en un intento de definir y de comunicar situaciones complejas. Por lo tanto, de preferencia las generalizaciones deben ser elaboradas *ex post facto*, en vez de aceptar las apriorísticas sin un concienzudo examen de su validez.

Así, una educación para futuros historiadores debe contemplar, entre sus metas principales, el desarrollo de la capacidad de convertir conjuntos de datos dispersos en formulaciones generalizadoras. Capacidad especialmente importante en una época en la cual, el problema no es la falta de información, sino su disponibilidad excesiva, que muchas veces nos aturde. Vivimos en un tiempo en que una red optoelectrónica puede mover *en un segundo* todo el contenido de la *Enciclopedia Británica* y es de preverse que, en un futuro próximo, una red totalmente óptica pueda manejar *on-line*, todos los archivos —*texto, imágenes y audio*— de la Biblioteca del Congreso en Washington, la más grande del mundo.

Existen ciertos elementos constantes que, en sus interpretaciones, cualquier historiador tendría que cuidar. Uno, es un *concepto de tiempo*, como trasfondo de cualquier proceso por relatar. No como factor determinante, sino como marco y referencia conformadora que proporciona la posibilidad de ubicación y medición de intervalos que nos permiten situar cada dato en su secuencia del acontecer. De los resultados que derivan de la constelación de diferentes datos, y situaciones dentro de este marco temporal, se producen conceptos como ruptura y continuidad, causas y consecuencias.

La educación histórica del futuro, dentro de esta determinación de los conceptos temporales, tendría que cuidar también la definición de edades, épocas y periodos como un ejercicio para lograr generalizaciones de intervalos, a partir del insumo de muchas informaciones fragmentadas, como una forma de establecer micro y macroperspectivas temporales.

Hay que impugnar el culto a las fechas —cantadas veces de afirmación numérica, pero de dudosa certidumbre— que aún puede llevar a equiparar el número de un año con la duración de un proceso.¹² Aprendiendo la fecha del 14 de julio de 1789, me informa casi nada sobre los procesos de la Revolución francesa, ni los datos del 20 de noviembre de 1910, o el 10 de octubre de 1911, me ayudan a definir las respectivas revoluciones mexicana y china.

Asimismo, es fundamental el desarrollo de una conciencia de la importancia de las relaciones espaciales que, muchas veces, se nos presentan también como una orientación geográfica. No cabe la pregunta ¿dónde estamos? Pregunta que fácilmente se puede concebir como ontológica, sino que, como ya la había formulado el filósofo Alfred North Whitehead,¹³ hay que empezar por preguntar: ¿dónde están las demás cosas?

De la misma manera en que un *concepto de proceso* nos ayuda a ubicarnos en el tiempo, el *concepto del espacio* (geográfico) nos facilita la determinación de relaciones, tanto verticales —básicamente de jerarquías— como horizontales —de dirección y extensión—, tanto en sus micro como macroperspectivas. El *espacio geográfico*, concepto descriptivo potencialmente complejo, nos ayuda a categorizar factores naturales y culturales, y a determinar el grado de cambio que sus conjuntos sufren a través de la intervención de las acciones humanas.

Es de suma importancia poder estimar el impacto —o bien, en su caso lo tenue— de las acciones humanas en relaciones simbióticas y dialécticas dentro de los procesos históricos. En este caso, son útiles conceptos acerca de influencias mutuas y dominaciones jerárquicas que resultan en redes de creciente interdependencia. Acontecen dentro de vastos sistemas, producto del quehacer humano, y frente a factores determinados en otros procesos naturales y humanos precedentes.

En procesos de esta índole importan, desde luego, los *actores*, sean hombres o mujeres, grupos configurados por simples diadas hasta macroformaciones como naciones y regiones; y por cierto, expresados también en *formas institucionales* más rígidas como, por ejemplo, los Estados y otras agrupaciones. Mientras que tales *redes de relaciones* tienen sus entornos materiales, lo que trasciende en ellos son los conceptos que sus miembros tienen acerca de sí mismos. Lo que decide también *quién se considera sujeto*, *quién es objeto* de la historia. ¿Quién hereda qué de quién? ¿Quién se concibe como *dominador* y quién acepta o rechaza el papel de *dominado*? ¿Qué significa diversidad? ¿A qué realidad se refiere la globalidad?

Lo que persiste como presencia duradera es el concepto de complejidad, presente en cualquier momento histórico. No obstante, sus verdaderas dimensiones se pueden determinar sólo al emprender el análisis de sus componentes.

¹² Leí recientemente en un libro de historia universal para secundaria, en un apartado cronológico intitulado “Cultura universal”, bajo el encabezado de columna “Después de Cristo”, el número “50” y luego, bajo “Acontecimiento”, “Época de oro de la literatura latina”.

¹³ Véase su *Adventures of Ideas* (1933). Nueva York, Free Press, 1967, 320 pp.

En las tareas del análisis entra en juego el desarrollo de habilidades intelectuales para distinguir en forma concreta datos de cualquier índole, como elementos básicos de cada situación histórica. Datos que deben utilizarse para explicar situaciones específicas, sin que se olvide nunca que sirven también, por implicación, para hacer inteligible el devenir del hombre en su totalidad. Al utilizar el término “totalidad”, en asuntos humanos, cabe enfatizar que ésta no debe concebirse como homogénea, sino siempre como la suma de existencias individuales. Erik Erikson (1902-1994), psiquiatra y pionero en el estudio de los ciclos históricos en la vida del individuo, hace años definió la historia mundial como el gigantesco metabolismo de historias individuales, para luego, dirigirse a los casos particulares en las crisis históricas de un Martín Lutero y un Mahatma Gandhi.¹⁴

Ello, forzosamente, nos lleva a intentar la superación de enfoques demasiado apuroquiados. Estando conscientes de las dimensiones históricas en sus micro y macro-perspectivas —que son siempre potencialmente inteligibles— de cualquier problema en cualquier parte del mundo, fortalece nuestra capacidad para resistir cada uno de los esfuerzos de convencimiento y manipulación. Las fáciles invocaciones de eventos históricos como antecedentes, al evadir y aun desdeñar el análisis profundo, preparan nuestras mentes para aceptar pseudo explicaciones del acontecer histórico, en vez de insistir en un entendimiento profundo.

Hoy como ayer, y en el futuro más que nunca, nuestra concepción del mundo debe afirmar la historicidad innata de cada experiencia humana, de alguna manera acogiendo la aseveración de Ortega y Gasset de que “el hombre no tiene carácter sino lo que tiene es historia”.¹⁵ Lo mismo como históricos son nuestros recintos de docencia e investigación, y de cuyos asistentes podemos relatar una matriz situacional en cuanto a lo material, y lo humano, al dejar testimonio de sus elementos y dimensiones, así como lo es cualquier otro conjunto de relaciones espaciales en cualquier parte del mundo, en el pasado, ahora y siempre, mientras exista la posibilidad de que seres humanos estén interesados en su significado.

Acogiendo y ampliando la tesis de Erik Erikson, podemos postular que la historia mundial es también la sucesión en el tiempo de conglomerados de instituciones, de valores, predilecciones y fantasías de miradas de individuos y grupos de hombres, de miles de tribus, cientos de naciones y decenas de imperios. Cada uno de ellos tiene su propia historicidad, sus características específicas, pero también comparte muchos componentes, tal vez repetibles como elementos, pero difícilmente reproducibles en toda la complejidad de su totalidad. Cada uno, único por estar bien anclado en su proceso singular, con su especificidad temporal y espacial.

¹⁴ Erik H. Erikson, *Childhood and Society* (1950); *Young Man Luther: A Study in Psychoanalysis and History* (1958) y *Gandhi's Truth: On the Origin of Militant Nonviolence* (1969).

¹⁵ José Ortega y Gasset, “Historia como sistema”, en *Revista de Occidente*. Madrid, 1942. Véase http://www.laeditorialvirtual.com.ar/Pages/Ortega_y_Gasset/Ortega_HistoriaComoSistema.htm.

Un cuidadoso inventario y riguroso análisis del acontecer histórico, nos proporcionará cada vez más resultados de investigaciones particulares, que nos ayudarán a completar nuestro conocimiento de la faena humana, con la promesa inherente de proporcionarnos nuevas y, tal vez, más significativas interpretaciones. Ya, en el primer número de este *Anuario de Historia* —ahora renacido— me había preocupado de la relación entre teorías preexistentes y novedosas conclusiones, así como de la contingencia de las visiones históricas, nacida de la complejidad y temporalidad de sus procesos. A distancia de cuarenta y seis años, sigo en lo mismo, de acuerdo con Ortega: en la vida y la historia cuenta más el haciéndose que los fríos hechos:

Así como un filósofo-científico no acepta una nueva cosmología antes de analizarla con los últimos adelantos alcanzados, al igual el historiador moderno debe utilizar todo el material histórico, sociológico, psicológico, así como toda clase de documentación informativa, para tratar de llegar a conclusiones modeladas lo más posible por la realidad, sin atender a los prejuicios de las teorías existentes. Por supuesto que, al no ser la historia una ciencia exacta, será difícil comprobar la validez última de las visiones históricas. Eso atañe a la naturaleza misma del estudio histórico; mientras a la ciencia le preocupan los fenómenos repetitivos, el fenómeno histórico es siempre un evento singular y único, ocurrido ante la concurrencia de condiciones multifacéticas especiales.¹⁶

Se hace necesario entonces, una visión que reconozca la extrema complejidad del fenómeno histórico; pero que —sin satisfacerse con tal reconocimiento— sigue con la elaboración de nuevas generalizaciones válidas, sobre aquellos fenómenos y sus actores importantes —que podríamos llamar catalíticos— ya que son los que dan ímpetu e inciden decisivamente al ocurrir histórico. Constituye un empeño que investiga sin tabúes las manifestaciones concretas y auténticas de los actos del hombre, y presupone también, una sensibilidad empática que no se sorprenda ni permanezca indiferente ante ninguna forma de manifestación humana.

Exactamente cinco años antes de Karl Marx, también en un 6 de mayo, nació en Dinamarca, otro profeta para nuestro tiempo: Soren Kierkegaard (1813-1855). Puso la identidad y responsabilidad del individuo en el centro de sus pensamientos filosóficos. Para él, sería el ser humano solitario, y no la anonimidad de la masa, lo que aseguraría espacios de libertad e identidad.

Quiero terminar mis ponderaciones, que a la mejor pecaron de exhortativas, con uno de sus consejos: “La vida se puede entender sólo viendo hacia atrás, pero hay que vivirla mirando hacia adelante”. Tal vez nos puede servir como un punto de consenso al emprender nuestras discusiones acerca de una educación histórica que prepara para una vida en el siglo XXI. Añadiré, creo como válida generalización, mi propia convicción: histórico es cualquier instante, el momento que experimentamos, el que apenas pasó,

¹⁶ Lothar G. Knauth, “El problema de una nueva visión histórica”, en *Anuario de Historia*. México, UNAM, Facultad de Filosofía y Letras, año 1, 1961, p. 262.

aquel de hace dos o dos millones de años; como histórico será, el instante que aún no llega y que sucederá. Hoy como ayer, y sobre todo en el futuro, nuestra concepción del mundo deberá afirmar la historicidad innata de cada experiencia humana. El hombre es su historia.